

no de que Marcela había hecho otras veces el retrato. Ya no andaba con la cabeza baja y la espalda encorvada; no parecía ya preocupado, inquieto, absorto por una idea fija. Su mirada, ahora, estaba fija sin cesar sobre Marcela y su pensamiento no la dejaba nunca. A los treinta años, se volvía de pronto alegre, joven, ardiente. Se hubiera podido creer que *debutaba* en la vida, que amaba por primera vez.

El verano pasaba, los días sucedían á los días, sin que nada viniera á turbar la quietud de estos dos seres, á los cuales todo en su existencia parecía sonreír, que vivían del presente, sin acordarse del pasado ni preocuparse del porvenir.

Un día, sin embargo, después de una conversación poco importante en la apariencia, una nube atravesó su hermoso y sereno cielo. Privados hacía tiempo de noticias de Francia, habían rogado á su propietario, que vivía en una casa vecina, que les procurase un periódico francés. Jorge lo prometió, y cumplió la palabra llevando á Marcela, precisamente en un momento en que estaba sola en el salón, un número del *Journal des Débats*. Mientras éste estaba en su habitación escribiendo á su madre, Marcela recorría el periódico, cuando su marido se le reunió se lo presentó, diciendo:

— Lee este artículo de la tercera plana.  
Jorge leyó estas palabras:

#### Casación, Cámaras reunidas.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR PRIMER PRESIDENTE TROPLONG

*Matrimonio contraído por equivocación con presidiario licenciado.*

#### Demanda de nulidad.

— Es curioso, ¿no es verdad? — dijo Marcela, que no podía darse cuenta de la impresión producida sobre Jorge, cuyo rostro estaba completamente oculto por el periódico que tenía desdoblado delante de él.

El joven no contestó:

— ¿Qué tienes? — dijo su esposa.

— ¿Yo?... nada, — exclamó vivamente Jorge.

Dobló el periódico é iba á guardárselo en el bolsillo, cuando Marcela exclamó:

— Pero yo no he concluído; apenas había empezado ese artículo... ¡Oh! si fueses tan galante que te sentaras á mi lado y me lo leyeras! Este proceso me interesa. Piénsalo; una joven que de pronto, al cabo de varios años de matrimonio, sabe que su marido es un presidiario. ¡Esto es horrible! Los detalles de ese asunto deben ser muy curiosos y quisiera conocerlos. Vamos, no os hagáis de rogar como una mujer bonita, señor; venid á sentaros á mi lado y leed; á menos que queráis que lo lea yo.

— No, — dijo.

— Eso es; prefieres suprimir los trozos que pudieran ser aburridos, para concluir antes: ese es tu sistema. Pero yo creía que casándome había adquirido el derecho de leerlo todo. Me había engañado. El señor dirige hoy mis lecturas como antes las dirigía miss Dowson, y ¡ay! aún es más severo el señor que ella. Es una pena casarse.

Al decir estas últimas palabras se había levantado, reunido á su marido, pasándole un brazo alrededor del cuello y lo arrastró dulcemente hacia el canapé, donde quería hacerlo sentar. Cuando lo tuvo á su lado, le tomó el periódico de las manos, lo desdobló de nuevo y se lo presentó con una encantadora sonrisa.

— Lee, — dijo la joven, — te lo ruego.

Jorge leyó. El *Journal des Débats* consagraba la tercera plana á dar el resumen de aquel asunto que conmovió vivamente la opinión pública y que fue llevado sucesivamente ante la Audiencia de París, que mantenía era legal el matrimonio, la de Casación que pronunció la nulidad, la de Orleans, que siguió á la de Casación, y en fin, esta última con todas las cámaras reunidas, que arrojó de una manera definitiva la demanda de nulidad formulada por Zoé Herbin.

Los motivos de la Audiencia para dictar esta sentencia, pueden reasumirse de esta manera: el error

en la persona, de que el Código ha hecho una nulidad de matrimonio, no se entiende más que como un error que cae sobre la persona misma. Casándose con un presidiario cuando se cree casarse con un hombre honrado, se engaña, no sobre la persona, sino sobre la condición y cualidades de ella, lo cual no es lo mismo.

Marcela exigió que su marido le leyese la defensa del presidiario libertado.

B..., decía el señor Tronillebert, de edad de veintinueve años, establecido, laborioso, y que era natural, no digo que él pensase, sino que se pensó en casarlo (\*). Sus vecinos, que no sospechaban la desgracia que le alcanzaba, le propusieron diferentes partidos que rechazó. A pesar de esto, volvieron á la carga; hablaron de la señorita X..., la misma señorita, ésta fue varias veces á su casa; se negó aún, hasta el día que llevado por un sentimiento muy natural ó por una ilusión, si así se quiere, se dejó arrastrar por los sueños de felicidad y de amor, que para siempre debían estarle prohibidos.

Escribió, pues, en los primeros días de noviembre de 1856, á la señora viuda de X... una carta, en la cual le pedía la mano de su hija. El matrimonio se verificó; pero fue preciso reconocer que B... no había hecho nada, ni para impedir á estas damas el enterarse, ni para apresurar el cumplimiento del matrimonio y lanzarles de ese modo en el menosprecio en que hoy se encuentran.

En efecto, durante estos cuatro meses de relaciones y asiduidades, B..., turbado como por un presentimiento, que no era otro, á su entender, que la turbación de su conciencia, tuvo varias veces vacilaciones que podían y debían á sus ojos, conducir á una ruptura; pero siempre las relaciones fueron reanudadas.

También una vez cesó bruscamente sus visitas y recibió de la señora viuda X..., una carta, en la cual se le suplicaba acudiese á una cita. Otra vez se atrasó la fecha del matrimonio; la ceremonia estaba fijada para el 23 de febrero; fueron enviados los papeles necesarios;

(\*) Gazette des Tribunaux del 30 enero 1860.

B..., bajo un pretexto lo hizo retrasar todavía; se le suplicó de nuevo, y la ceremonia fue definitivamente fijada para el 11 de marzo.

¡Cierzo, señores, que hubiera hecho mejor escuchando el presentimiento que le atormentaba!

Apenas se había casado, un hombre que le conoció en la prisión, le amenazó con revelarlo todo á su mujer si no le satisfacía unos pedidos de dinero, y como él quisiera sustraerse á estas exigencias, aquel hombre reveló, aunque demasiado tarde, por desgracia, para todo el mundo, la fatal verdad.

Tales han sido, señores, desde su salida de la prisión la vida de B... y los hechos que han precedido al matrimonio.

¡Pero su silencio! ¡Pero el secreto que ha guardado.

¡Es verdad! ¡Es horrible! para las almas honradas, no hay dos maneras de sentir.

Si, yo soy de opinión de que el que busca á una joven para casarse debe revelar á ella y á su familia lo que es y lo que ha sido, y si tiene algo que callar debe renunciar á la felicidad en que había soñado. Pero estos escrúpulos de conciencia, sin los cuales no se es, no ya hombre honrado, sino hombre de bien, no pueden ni deben ser alcanzados por la legislación. La ley moral sola puede descender á esas profundidades de la conciencia, y es que la honradez, que tiene esos escrúpulos, es superior á la que se revela solamente por las leyes escritas.

La voz de Jorge parecía fatigada y alterada hacia rato; se detuvo. Marcela le dijo:

— Esa defensa es muy bonita; defendiendo la causa de su cliente, el Abogado de B... juzga su conducta y la condena.

— ¿De modo, — preguntó Jorge después de un instante de silencio, — que no existe en vuestro corazón ninguna indulgencia para ese desgraciado?

— Toda la indulgencia, — contestó Marcela, — que hubiera podido sentir por el desgraciado de que me habláis, desaparece desde el momento en que no ha tenido el valor de confesar su posición. Soy del mismo parecer que su Abogado: no se tiene el derecho de engañar á la mujer con quien se casa, que os con-

fía su destino, que debe llevar vuestro nombre

— Si él hubiese dicho la verdad, — repuso Jorge, — el matrimonio no se hubiera verificado.

— ¡Qué importa! — habría cumplido con su deber.

— ¿Y si él la amaba?

— Le era preciso sacrificar su amor.

— ¿Y si él era amado por ella? — añadió Jorge.

— Podían ocurrir dos cosas, — dijo Marcela, — ó bien al saber el pasado del que iba á ser su marido, ella dejaba de amarle y no hacía más que compadecerle; ó bien su amor resistía á aquel golpe imprevisto, y ella, no teniendo ningún reproche que hacerle, aceptaba el destino de su esposo y soportaba con él todas las consecuencias de su conducta.

— Es justo, — replicó Jorge, — y sin embargo, se podrían contestar muchas cosas á lo que acabáis de decir. Hay frecuentemente circunstancias fatales, imposibilidades absolutas de confesar la verdad. Se encuentran algunas veces en juego la existencia de dos personas. ¿Qué sé yo, en fin? ¿Para juzgar infaliblemente es preciso estar enterado de todos los detalles y particularidades! ¿Puede jamás leerse hasta el fondo de la conciencia de las gentes?

Al cabo de un instante de silencio repuso:

— Entonces admitís que el amor pueda resistir á una confidencia como la de que estamos hablando Marcela reflexionó y dijo:

— Sí, la admito, si el crimen cometido no es tan odioso que deba excitar una eterna indignación, si la expiación ha sido completa y el arrepentimiento sincero.

Esta conversación impresionó á Jorge. Durante dos ó tres días estuvo conmovido y sus pesadillas de otras veces le atormentaron. Pero no pudieron resistir al buen humor y á la encantadora alegría de Marcela. Bien pronto la joven reconquistó todo su imperio sobre él y Jorge no pensó más que en amarla.

## X

Al verano sucedió el otoño, y se encontraban tan felices en su casita de Baden que no pensaron en abandonarla. Dos cartas vinieron de pronto á decidir la marcha. La primera era de miss Dowson; les llamaba en su socorro; si no iban, se vería obligada á abandonar aquella casa de la calle de Léonie, donde había visto morir á la madre de Marcela, su mejor y única amiga. Su posición era muy difícil, decía, bajo pretexto de que su hija ya no era soltera y de que además, á la vuelta, iría á vivir al pabelloncito del fondo del jardín con su marido, el señor de Brives; aseguraba miss Dowson que recibía una sociedad de lo más... SHOCKING. Era la expresión de que se servía; la pobre señora no conocía otras para expresar su idea. Mientras el señor de Brives se contentó con volver todas las mañanas á las cinco ó las seis, ella no dijo nada; no le importaba esto. Pero ahora se atrevía á quedarse algunas veces en casa á recibir amigos y jugar.

*Sí, se atreve á jugar en casa, escribía miss Dowson, indignada, en aquel salón en que la señora de Brives se sentaba tan á menudo y que últimamente estaba animado por la presencia de Marcela. ¡Y si él no recibiese más que á sus amigos!... Pero... ¡ah! no me atrevo á decirlo, tan escandalizada estoy, en la última noche he visto, si, mis ojos lo han visto, á una dama encubierta descender del carruaje y entrar en nuestra casa... Una dama, ¡bondad divina! en compañía de todos esos hombres, ¡ah! ¡SHOCKING, VERY SHOCKING!*

Jorge y Marcela no se mostraron tan escandalizados como miss Dowson, de la conducta del señor de Brives. Su pasión por el juego les era conocida, la

habían frecuentemente deplorado, pero no podía conmovérles mucho y habían tomado su partido. En cuanto á ofrecer hospitalidad una vez por casualidad á sus amigos, en vez de ir él á sus casas, no había un gran mal en esto; los jugadores no son malas gentes que lleven el desorden á una casa y turben á los vecinos; los que el señor de Brives recibía en su casa indudablemente eran personas decentes. Quedaba la dama encubierta; en rigor, podía ser una *mujer de mundo*; en nuestra época esas damas se permitan todas las excentricidades! En todo caso, el señor de Brives era viudo y no podía hacerse le un crimen de recibir delante de testigos, durante la ausencia de su hija, una visita más ó menos misteriosa.

—Decididamente,—concluyó Marcela,—los escrúpulos de miss Dowson, por muy respetables que sean, no sabrían apresurar nuestra vuelta á París. No lo creo necesario sino desde un punto de vista: mi padre tiene quizás todavía deudas que le atormentan; yo quisiera poner á su disposición, como le he prometido, esta parte de mi dote que tú has querido abandonarme, querido Jorge.

—No,—dijo sonriendo.

—¿Cómo?

—No he consentido en hacer ese sacrificio sino con la condición de que sea completo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no oiría hablar nunca de tu dote, que mi pequeña fortuna nos bastaría, y que tu padre dispondría no de todo el capital, sino de la mitad de éste. La otra mitad se compondría de cupones de la renta, que él no podría vender, pero cuyos intereses recibiría.

—¿Puedo aceptarlo?—dijo la joven.

—Debes.

—¿Verdad?

—Me causarías un verdadero pesar si resistieras más tiempo.

—Entonces, no vacilo!—exclamó la niña saltándole al cuello;—soy feliz con lo tuyo. Ahora ya no se trata más que de obligar á mi padre á que acepte;

pondrá más resistencia de la que he opuesto yo; pero con mucha delicadeza y persistencia, lo conseguiremos. Cuento contigo para secundarme, mi querido esposo.

La otra carta debía hacer más impresión sobre su espíritu y decidirles á volver á Francia inmediatamente. Era del señor de Brives. Les anunciaba que creía que la señora Gérard estaba enferma. Que se ocultaba de él para que no le ocurriese la idea de llamar á sus hijos y turbar sus alegrías; pero su estado, sin ser alarmante, requería los cuidados que sólo Jorge y Marcela podían darla.

Dejaron á Baden, en los primeros días de octubre, y mientras estuvieron á la vista de la población se volvieron sin cesar para ver por última vez la casita en que habían sido tan felices. Cuando hubo completamente desaparecido, cuando no oyeron más que el ruido de los saltos de la corriente del Limmat, una especie de vaga tristeza se apoderó de su alma. Durante un momento se preguntaron en secreto sin atreverse á confiar sus pensamientos, si no dejaban en aquel país la mejor parte de sí mismos, si su felicidad podría ser tan completa como había sido, si no iba á desvanecerse, como se desvanecían en el horizonte, tras de los grandes bosques de abetos, los últimos rayos del sol poniente. Pero una mirada, una sonrisa, despejaron bien pronto todas aquellas tristezas.

## XI

Se felicitaron de haber vuelto. La señora Gérard sufría, como había escrito el señor de Brives, pero la vuelta de Jorge y Marcela, que deseaba ardientemente aunque no se atrevía á aconsejarla, los cuidados de que la rodearon, la alegría que experi-

mentó cuando vió feliz á su hijo, dichoso, sin temores para el porvenir, la restablecieron enseguida.

Durante la ausencia de sus queridos hijos, y ante la previsión de su vuelta, había tenido el placer de prepararles un departamento en el pabellón que ocupaba. Era fresco, elegante, encantador, un verdadero nido de amores, entapizado, alfombrado y lleno de flores raras.

—Te encontrarás perfectamente en tu casa,—había dicho la señora Gérard á su hijo,—y no querrás salir.

—Si esto no dependiera más que de mí, querida madre,—había contestado Jorge,—no se me vería con frecuencia por París. Entre tú y Marcela, en el paraíso que nos has hecho, sería el más feliz de los hombres. Pero si mi mujer quiere pasear, desea ir al teatro, ¿qué quieres que le conteste?

—No lo sé; pero te conjuro á que evites en lo posible mostrarte en público.

—¿Tienes aún esos temores?

—¡Ah! si no los tuviera sería la más feliz de las mujeres.

—Durante mi viaje por el extranjero no podías temer nada y, sin embargo, has sufrido, te has puesto enferma.

—Hacia tanto tiempo que no te había visto,—dijo la madre besándole en la frente,—querido hijo mío, no vivo sino por tí y para tí.

—¡Buena madre mía! me amas tanto más cuanto que te hago sufrir.

—¡No, no, no hablemos de mis sufrimientos; ya los he olvidado!

Atormentada siempre por el mismo pensamiento, la señora Hamel repuso al cabo de un instante:

—En la primavera, vete; será preciso repartirla por algún país retirado, desconocido, muy lejos, muy lejos, fuera de Francia. Esta vez os acompañaré y nos lo arreglaremos de modo de no volver más... ¿quieres?

—Sí, quiero.

—Pues bien, sé prudente aún este invierno. Te lo pido por favor y, sobre todo, no te espanten dema-

siado mis temores. Me repongo por completo al ver que no piensas en el pasado.

—¡Ah!—dijo el joven.—¿Cómo pensar? ¡El presente es tan delicioso y tan halagüeño el porvenir!

## XII

La mujer encubierta, cuya presencia en casa del señor de Brives había escandalizado á miss Dowson, no era otra que Cora. Desde hacía dos años su amistad con el señor Mézin había aumentado: estas dos naturalezas simpatizaron. Cora se complacía en prestar á su huésped mil pequeños servicios, preciosos para un soltero que vivía solo y que no tenía familia. Si quería renovar sus muebles ella era la que le escogía las muestras; si compraba un carruaje ella le daba su parecer. Le procuraba mucho más baratos una porción de objetos que un hombre no sabe regatear; trató, en una palabra, de serle una especie de hermana ó *ama de gobierno*. A su vez el señor Mézin le hacía frecuentes visitas durante el día, mientras Víctor Mazilier, á consecuencia de los trabajos á que se dedicaba durante la noche, según él decía, se entregaba á un sueño reparador. No temía en pasear algunas veces con ella y en enviarle su cupé. Pero ella, sobre todo, á lo que más sensible se mostraba era á que él pretendía que sus cicatrices, lejos de afearla, le daban cierta gracia, que no le quitaban nada de su belleza que podía competir con las más hermosas; en fin, empleaba, para halagarla, toda la fraseología y todo el lenguaje usado otras veces por Víctor Mazilier y descuidados ahora por éste que empezaba á cansarse de la que había hecho su fortuna y á la de quien había contribuido.

El señor Mézin, además, era quizás sincero ha-

ciendo estos cumplidos á Cora: corporalmente era más completa de lo que había sido nunca. Los nueve años que habían transcurrido desde su llegada á Francia la habían completado y hecho en cierto modo más perfecta. Sus espaldas, sus brazos, su cintura, eran más admirables que nunca; sus manos copiadas por un verdadero artista, hubieran podido servir de modelo á un escultor, y Franceschi la había pedido autorización de modelarlas; en fin, viviendo en pleno París, cerca de la gente de mundo, había adquirido un tono, un espíritu, ciertas distinciones que debían ser muy apreciadas por un fino conocedor, por un vividor como el señor Mézin. Este las apreciaba sin ocultarlo. Un día llevó su amabilidad hasta conducirla á las carreras de caballos. Cora por no quererse presentar en pleno día al público, no había asistido nunca á ese espectáculo. Cubierta con espeso velo y recostada en el fondo del carruaje del señor Mézin, tuvo un gran gusto en ver, sin ser vista, todo el mundo que la rodeaba. Tomó parte en la fiesta y ganó al señor Mézin apuestas de consideración. Se expansionó con él de tal modo que acabó por decirle:

—Estoy ya cansada de pasar todas las noches en mi casa, de recibir todos los días, sin nunca ser recibida. Pido para mi discreción que organicéis en vuestra casa una reunión donde sean invitados nuestros amigos habituales; se hablará, se jugará si esos señores no pueden pasarse sin las cartas, y se cenará y jugará durante la velada hasta la mañana siguiente. Esta pequeña fiesta traerá alguna diversión á mi vida.

—No veo más que una dificultad, — contestó el señor Mézin, — mi habitación de soltero es de lo más exígua, y nuestros amigos no se encontrarán bien.

—No invitaremos á todos.

—Os crearéis enemigos, no os lo aconsejo, y yo...

—Permitidme, vos no tenéis voz en esto, estáis á mi completa discreción.

—No me niego á dar la fiesta; todo lo contrario; propongo solamente que tenga lugar en provincias.

—No, no, no tendría el mismo carácter de intimidad. Buscad otra cosa.

—Ya la he encontrado, — dijo de pronto.

—¿Qué?

—Os invito á pasar la noche en casa de Brives. Su hija está de viaje; vive solo, está admirablemente aposentado y no se negará á prestarme sus habitaciones, sobre todo, cuando sepa que se trata de hacerlos los honores.

—Comprendido, — respondió Cora, — fijad el día y, sobre todo, no olvidéis que las deudas de juego se pagan en las veinticuatro horas siguientes. Si estáisapurado os concederé una semana; esto es todo lo que puedo hacer por vos.

Es, á consecuencia de esta conversación, por lo que miss Dowson apercibió una noche una mujer encubierta en el departamento del señor de Brives y por lo que escribió á Jorge y Marcela que el juego se hallaba en casa.

## XIII

Aquella reunión que estuvo muy bien organizada y que terminó con una cena de las más alegres, dejó en Cora un excelente recuerdo. Una mirada le bastó cuando entró en casa del señor de Brives, para adivinar que una mujer había presidido el arreglo de la casa; que si entonces era *mozo* no lo había sido siempre. Aquel departamento de la calle de Léonie, estaba aún impregnado de la presencia de la señora de Brives y de su hija. Le habían puesto su sello, habían dejado en todos los rincones las señales de su estancia; habían esparcido en ella una especie de perfume de gracia y honestidad. Estos detalles inapreciables para otras personas, no podían pasar desapercibidos para Cora; excitaron su interés, su curiosidad y la procuraron sensaciones nuevas. ¿No

era quizás la primera vez de su vida que gustaba el placer de penetrar en una reunión de mujeres de mundo, de cuyas costumbres no podía darse cuenta, sin estar en contacto indirecto con ellas? Experimentaba las emociones que experimenta en sentido contrario la mujer honrada, que la casualidad ó la curiosidad conducen á la habitación deshabitada de una mujer galante. Todo les asombra, les interesa y conmueve. Tienen rubores, estremecimientos que no sabrían explicar, querrian huir; pero no pueden decidirse.

Tres ó cuatro meses después de esta velada, Cora manifestó el deseo de que se diera otra, y se dirigió esta vez también á su amigo el señor Mézin.

—¿Cuándo me ofrecéis, — le dijo, — la ocasión de no aburrirme?

— Cuando queráis. Si lo deseáis me reconozco vuestro deudor; dadme vuestras órdenes.

— No tienen nada de terrible. Pido una segunda edición de la fiesta que se verificó en casa del señor de Brives.

— ¡Ay! Allí no puede ser ya, mi querida amiga.

— ¿Por qué?

— Su hija ha vuelto.

— ¡Ah! ¿Y vive con su padre?

— No, está casada y la habitación del señor de Brives no bastaría para el joven matrimonio.

— ¿Entonces?

— Vive en la misma casa, y Brives está obligado á cierta reserva. Bajo sus apariencias ligeras, nuestro amigo tiene un verdadero culto por su familia, mejor dicho, una verdadera adoración por su hija.

— ¿Es bonita?

— ¡Más que bonita, encantadora! Alta, esbelta, bien formada, con pies y manos de niña, como los vuestros.

— El rostro no es como el mío, felizmente para ella.

— No le ha ocurrido ningún accidente, lo reconozco.

— Completad su retrato. ¿De qué color son sus ojos?

— Azules.

— Los tendrá siempre bajos, probablemente.

— Nada de eso; su mirada es alta, franca y honesta.

— ¿Su boca es pequeña?

— Ni pequeña, ni grande; tiene los labios rojos y los dientes de una blancura y regularidad perfectas.

— ¿Cómo viste?

— Sencillamente: no sigue las modas de una manera exagerada, sino lo preciso para no ser ridícula.

— Quisiera entrever esa maravilla. ¿Dónde la encontraría? ¿Va al bosque, á las carreras, al teatro?

— Nunca. Propuse anteayer tomar un palco á Brives para los Italianos, y él se ha negado después de consultar con su hija. Por lo visto, prefiere pasar las noches en su casa.

— ¿Con su marido?

— Claro.

— ¿Es matrimonio de amor?

— Así se asegura.

— ¿Cómo se llama su marido?

— Jorge Gérard.

— ¡Caramba! — dijo Cora.

— ¿Le conocéis?

— No; es que el nombre de Jorge, que no esperaba, me ha sorprendido. ¿Cómo, es ese marido tan encantador, que la señora Gérard no acepta palcos en los Italianos para pasar sus veladas con él? ¿Es joven?

— Treinta y dos ó treinta y cinco años.

— ¿Guapo?

— Sí, bastante; alto, fuerte y robusto.

— ¿Linda cabeza?

— Una cabeza expresiva; sobre todo unos ojos muy bonitos.

— ¿Es rico?

— Así se dice.

— ¿Qué hace?

— Creo que nada. Tenía antes de su matrimonio una existencia muy retirada, casi misteriosa.

- ¡Ah!
- ¿Qué tenéis?
- Nada; soy loca. ¿Cómo le conoció la señorita de Brives, si vivía tan retirado?
- Habitaba con su madre la misma casa que ella.
- ¿Con su madre, decís?
- Sí; ¿qué os asombra? Más de un hijo vive con su madre antes de su matrimonio.
- Evidentemente; continuad, querido amigo... ¿Vuestro joven habitaba, pues, en la casa de la señorita de Brives? El la vió desde su ventana, como en las novelas, y se enamoró de ella.
- Si no he comprendido mal, de algunas palabras escapadas al señor de Brives y de un Médico de nuestros amigos, Pablo Combes, fue la señora de Brives quien se enamoró la primera.
- ¡Véis... esas jóvenes honestas!
- Tienen un corazón como las demás; late. Solamente que saben, cuando es preciso, comprimir sus latidos.
- Es preciso adivinar, y el señor Jorge Gérard ha adivinado.
- Bastante tarde, según parece. He creído comprender que no tenía muchas ganas de casarse. Opuo algunas dificultades; en fin, ese matrimonio fue algo forzado.
- Si la señorita de Brives estaba enamorada, él vacilaba quizás en enamorarse de ella.
- En todo caso, respondo de que no vaciló mucho. Lo encontré anteayer en casa del señor de Brives de visita con su mujer, y me han llamado la atención los cambios verificados en él en cosa de un año. Le vi dos ó tres veces antes de su matrimonio, y tenía el aire preocupado, sombrío, abatido, la mirada inquieta.
- ¡Ah! ¿La mirada inquieta?
- Y ahora está alegre, lleno de buen humor. Habla de todo y en muy buenos términos. Tiene sobre todo el aire de enamorado... ¡oh! pero enamorado...
- ¿Que da envidia verla, verdad? Mi querido señor Mézin, ¿por qué no lo estáis vos?

- Pero, mi querida Cora...
- Sí, sí, ya lo sé, —dijo ésta interrumpiéndole,— vais á decir que lo estáis de mí. Es inútil; yo no os creería. Esto no sería natural. Pero recibido como sois á todas horas en casa de Brives, en relaciones continuas con su hija, cuyas cualidades apreciáis perfectamente, me extraña que...
- No la haya amado... ¿Es eso lo que vais á decirme?
- Por ahí le andan.
- ¡Válgame Dios!... Bien puedo deciros mis secretos; yo pedí á la señorita de Brives en matrimonio.
- ¡Ah! ¡Bah!... ¿y ella os rechazó?
- Ya lo veis.
- ¿En qué se fundaba su negativa?
- Me acusaba de ser jugador.
- ¡Es muy inteligente esa joven! Sin embargo, no me explico su aversión por el juego. Generalmente, á su edad, no se conocen los inconvenientes de esa pasión.
- Olvidáis que su padre es tan jugador como yo, si es que no me aventaja, y que la señora de Brives sufrió mucho con su abandono, pues su marido la dejaba entregándose por completo á su pequeño vicio.
- Comprendido; la madre ha dado consejos á la hija, ésta ha tomado informes de vos y os ha rechazado. ¡Pobre Mézin! Os compadezco, si la joven es tan seductora como decís. Me habéis inspirado el deseo de ver á esa encantadora beldad. Será preciso que os avise.

## XIV

La conversación que acababa de tener con el señor Mézin, hizo desde luego cierta impresión en Cora; aquel nombre de Jorge, aquel retrato que se



parecía al de Jorge Hamel, aquella existencia misteriosa, retirada, y otros mil detalles, acudían sin cesar á su espíritu y la daban enormes pesadillas. Poco á poco, sin embargo, esta impresión desapareció. ¿Era admisible que Jorge Gérard no fuese otro que Jorge Hamel? ¿La señorita de Brives podía haberse casado con un licenciado de presidio? Ese presidiario, con *ruptura de vigilancia*, ¿se hubiera atrevido á vivir en París? Evidentemente la joven era juego de su imaginación demasiado viva; su deseo de encontrar á Jorge, el odio que la inspiraba, la disponían á verlo por todas partes, y parecía ridícula á fuerza de sospechosa.

Cuando se encontró sola con Víctor Mazilier, al día siguiente de la visita del señor Mézin, Cora fue la primera en burlarse de sí misma.

—¿Creeríais, — le dijo, — que me había imaginado encontrar las huellas de vuestro enemigo?

—¿Qué enemigo?

—Vuestro presidiario.

—¡Ah! sí, ya lo había olvidado, ese buen muchacho! Le habéis encontrado; ¿está bien?

—¡Estáis loco! Si le hubiese encontrado, ¿os hablaría con esta calma?

—¿Por qué no? Para mí es una cosa indiferente. Eso ya ha pasado á la historia; pensad, querida mía, que ya han pasado más de nueve años de entonces acá.

—A mí me parece que fue ayer.

—Es una manera de rejuvenecernos.

—¡Oh! es que soy joven todavía.

—¡Eh, eh! envejecemos todos, mi bella amiga; ya tengo mis treinta y tres añitos... ¡y decir que mi padre todavía me espera en su despacho del Havre! Me propongo ir á ver un día de estos á ese pobre querido señor. El amor de la familia me vuelve después de algún tiempo. Ha llegado el momento quizás de descansar en su seno.

—Sí, ya he notado el cambio que se ha operado en vos.

—Ningún sentimiento es eterno en el mundo, querida amiga.

—Dispensad; lo conozco.

—¡Ah! sí, el que experimentáis por vuestro presidiario: de amor ó de odio, jamás lo he podido saber. ¿Conque decíais haber creído encontrar sus huellas?

—Sí, durante un momento, aunque bien pronto he comprendido un error. Me había figurado reconocerlo en el yerno del señor de Brives.

—En el yerno de... ¿Ah? ¿está bueno eso! — exclamó Víctor Mazilier, echándose sobre el canapé en que estaba recostado.— ¡Cómo! ese querido señor de Brives que está tan orgulloso de su nacimiento, de su nombre, hubiera dado su hija... á... me reiré toda mi vida.

—No os he dicho que sea.

—Es absurdo, verdaderamente absurdo... ¿Qué es lo que os ha hecho creer que eso podía ser?

—Un retrato que me han trazado del marido de la señorita de Brives. Se parece mucho al de Jorge Hamel.

—¡Bien, quizás sea él! ¿No os dije que vendría á vivir á París? Estaba seguro de ello. La estancia en París es como una antigua querida, que jamás se sabe abandonar. ¿Qué cosa más natural que Jorge Hamel, habitando en París, se haya enamorado de una joven y casado? Habrá ocultado su pasado, habrá engañado á la familia, habrá... esa novelita me place... me aficiono á ella.

—No es novela.

—¡Oh! en nuestros días, — repuso Víctor Mazilier, — las novelas son historias... Yo de vos, no querría tener la duda ni un momento más. Sabría hoy mismo á qué atenerme. ¡Ah, ese querido Brives!

—Os digo que esto es una locura. Estoy desolada de veros participar de mis ridículas ideas... En todo caso, ni una palabra de nada de esto, ¿no es verdad?

—Evidentemente. Maldita la gana que tengo de que el señor de Brives me pegue una estocada, que es lo que resulta cuando se tocan ciertas cosas de familia. Además, querida amiga, creo haberos probado que sé guardar un secreto.

—En efecto; perdonadme.

Cora había creído que Víctor Mazilier se burlaría de las sospechas que habían atravesado su espíritu. Por el contrario, participaba de ellas; iba más lejos aún que la joven; admitía como cosa probable que Jorge Hamel y Jorge Gérard fuesen una sola persona. Le aconsejaba que se enterase. ¿Le guiaba algún presentimiento? ¿O bien aquella finura, aquel tacto particular de que había dado numerosas pruebas, le servía en aquellas circunstancias? ¿Por qué permanecía Cora tanto tiempo en la incertidumbre, cuando era tan sencillo saber la verdad? A pesar de su vida retirada, Jorge Gérard debía salir alguna vez que otra. ¿Qué cosa más sencilla que estacionarse delante de la casa en un carruaje, y esperar la salida? ¿No estaba segura de reconocerle? ¡Ah! no había olvidado sus facciones tan limpiamente acusadas; le veía sin cesar tal como se le había aparecido en el presidio, con su pantalón encarnado y la maza en la mano. Su actitud calmada y firme, su gesto expresivo, su mirada altiva, su palabra breve, estaban en cierto modo grabadas en su espíritu y no podían quitársele.

A pesar del cambio que había debido operarse en la persona de Jorge, á pesar de los nuevos vestidos que le cubrirían, no le bastaría más que una mirada para poder exclamar: ¡Es él! ¡es él!

Llamó á su doncella y dió orden de ir á buscar un carruaje, pues quería salir.

En el trayecto de la Avenida de Neuilly á la calle de Léonie, todas sus dudas le volvieron á asaltar.

—Lo que voy á hacer es absurdo, — decía; — esperar en la calle, en el coche, tras de las cortinillas bajas, como un Agente de Policía, como un marido celoso ó una mujer enamorada. ¿Esperar á quién? A un desconocido, cuando hay cien probabilidades contra una de que no se parezca en nada al que busco. Esperaré todo el día quizás sin que salga.

De pronto Cora se dijo:

—¿Por qué no ir á casa del señor de Brives? Mi visita es de las más sencillas. Pasaba por delante de su puerta y he querido estrechar su mano. No sa-

bía que su hija hubiese vuelto, y en todo caso, un hombre, cualquiera que sea su posición puede recibir en pleno día á una mujer de exterior conveniente.

El carruaje no tardó en detenerse en la calle de Léonie; Cora se hizo indicar el piso en que vivía el señor de Brives y llamó á su puerta.

—El señor ha salido, — dijo el criado que había abierto la puerta. — Si la señora quiere ver á miss Dowson.

—Es inútil, — dijo Cora comprendiendo el enojo que hubiera provocado aceptando la proposición del doméstico. — ¿A qué hora, — añadió, — pensáis que vuelva el señor de Brives?

—El señor no puede tardar. Ha salido un momento con su yerno y su hija.

—Volveré, — dijo la joven alejándose.

Volvió á subir en el carruaje que la había traído y dió orden al cocher de estacionarse en la esquina de la calle de Léonie y de la de Caillard. Desde aquel sitio no podía menos que ver entrar á los que esperaba.

Transcurrieron próximamente cincuenta minutos. A las cinco de la tarde, tres personas aparecieron por la calle de Léonie. La primera era el señor de Brives; daba el brazo á una joven muy bonita que indudablemente debía de ser su hija.

Las miradas de Cora se fijaron en seguida en la tercera persona que marchaba al lado de la joven y que en aquel momento hablaba con ella. Era un hombre de unos treinta y cinco años próximamente, vestido con elegante severidad, y de aire distinguido, con una fisonomía de lo más inteligente. Pero no era Jorge Hamel.

## XV

De modo que Cora se había engañado. Había estado perdiendo tiempo desde la víspera; en un instante sus sospechas se habían desvanecido: no había ninguna relación entre Jorge Gérard y Jorge Hamel. Dió orden á su cochero de volver á la avenida de Neuilly. Durante el camino se reprochó el haber hecho caso de las observaciones de Víctor Mazilier; decididamente la inteligencia de su antiguo consejero iba disminuyendo de un modo notable; el juego le había absorbido parte de sus facultades. Ya no encontraba en ellas cualidades que al principio de sus relaciones la sedujeron. Había perdido en lo moral como en lo físico. ¿Cómo había podido agradaarle? ¿Cómo se había atrevido á preferirlo á Jorge Hamel?

Tenía el gusto de comparar á los dos entre sí, uno pequeño, rechoncho, y con enfermiza palidez; el otro nervioso, y de buen color. Las noches sin dormir pasadas delante de una mesa de juego habían alterado los rasgos de aquel, enrojecido sus ojos, hecho caer sus cabellos, dado un tinte especial de palidez á su rostro; una vida regular, materialmente calmada, perfeccionó la belleza de éste, dando á su mirada más limpidez y á sus rasgos mayor nobleza.

Y después de haberlos analizado en lo físico, los comparaba moralmente; aquí un espíritu de convención, que acude á todas las artimañas, á la astucia y audacia; allí una instrucción seria y una inteligencia cultivada. El uno prudente, un poco poltrón refugiándose detrás del vigilante en su visita al presidio de Tolón; el otro resuelto, bravo hasta la temeridad en mil ocasiones y cuando su duelo en

Nueva-Orleans con John de B..., en una palabra: por un lado un hombrecillo, y por otro un hombre.

Después de aquel detenido examen, se asombró de sus preferencias retrospectivas por el que otras veces había despreciado; con el pensamiento vió á aquella alegre joven que había pasado por delante de ella dando el brazo al señor de Brives. He ahí lo que se llamaba una mujer de mundo, una mujer honrada. Salía en pleno día escoltada por su marido y su padre, saludada con respeto por todos los que la conocían, sencilla en su traje y maneras, digna, feliz y sonriente.

—¡Qué distancia me separa de esa mujer!—se decía Cora.—Yo que huí de Nueva-Orleans por amor propio, por orgullo, porque había una gran línea divisoria entre las mujeres blancas y las de color! ¡Ah! Existe en Europa una mucho más grande entre ciertas mujeres y ciertas otras.

No podía impedirse tampoco el envidiar la belleza, la gracia, la distinción exquisita de la señora Gérard. Una mirada la había bastado para darse cuenta de todas sus cualidades físicas; para admirar sus labios rojos, su nariz correcta, sus grandes ojos azules, profundos y dulces, bajo pestañas y cejas negras, lo cual daba á su rostro una originalidad, un encanto extraordinarios. Y del mismo modo que había comparado á Víctor Mazilier con Jorge Hamel, se comparaba ella con la hija del señor de Brives. Deteniase para ver á una, y volvíase para contemplar á la otra. Sin embargo, ella había sido también encantadora, y había bastado un momento de cólera para que de un tiro de revólver... En aquel momento detestaba más que nunca á Jorge Hamel y se alegraba de que no fuese el marido de aquella linda mujer!

—¡Ah!—se decía,—si mis sospechas en vez de desvanecerse se hubieran fortificado, si lo hubiese reconocido á su lado, cómo me habría podido vengar!

Mecida por el carruaje, con la cabeza lánguidamente inclinada, la boca húmeda y entreabierta, los ojos medio cerrados, saboreaba de un

modo voluptuoso su venganza, y su imaginación, antes ardiente y viva, dormida hacía algunos años, sobreexcitada desde la víspera, se engolfaba en sueños insensatos, se entregaba á deródenes sin cuento. Bien pronto volvió á la realidad; el carruaje acababa de detenerse en el hotel de Neuilly.

Por la noche, cuando sus habituales huéspedes llegaron, había ya vuelto á ser dueña de sí y les hizo los honores de la casa con su gracia acostumbrada. A las doce y media el señor de Brives fue á estrecharle la mano.

—Habéis venido muy tarde esta noche!—le dijo la joven.

—He hecho de padre de familia,—contestó éste sonriendo:—he llevado á mi hija y á mi yerno al *Teatro Francés*.

Como después de esto buscase con los ojos un sitio vacío en la mesa de juego, la joven lo retuvo con estas palabras:

—¿Es que no os habéis inquietado hoy?

—¿Inquietado, por quién?

—¿No os habéis preguntado quién era la mujer encubierta, misteriosa, que ha llamado en vuestra puerta durante vuestra ausencia y que se ha negado á decir su nombre?

—¿Seríais vos, acaso?

—Yo misma... ¿No me habéis adivinado?

—Por nada del mundo, lo confieso; en efecto me he inquietado un instante. ¿En verdad erais vos? Pues siento muchísimo que no me hayáis encontrado en casa. ¿Necesitabais decirme algo?

—Necesitaba pedir os un pequeño favor.

—Hablad, querida amiga,—dijo el señor de Brives sentándose al lado de Cora.

—Es demasiado tarde; no podía esperar y el favor ya me ha sido hecho; otra vez será.

—Desde ahora,—dijo galantemente el señor de Brives,—no vuelvo á salir de mi casa por el temor de estar ausente cuando vayáis.

—Entonces, ¿no he cometido,—dijo la joven sonriendo,—ninguna indiscreción atreviéndome á visitaros?

—Nada de eso; ¿por qué habíais de cometerla?

—Sabía por el señor Mézin que vuestra hija había vuelto y...

—Mi hija no vive conmigo; además, mi querida amiga, mi edad me permite recibir á quien bien me parezca. ¡Ay! Ya no comprometo á las mujeres, y ellas no pueden comprometerme.

—Entonces no tengo excusa.

—¿Cómo es eso?

—¿Creeríais que franqueaba los umbrales de vuestra casa para volver á mi carruaje cuando os he visto llegar?

—¿Y no me habéis esperado?

—No ibais solo; dabais el brazo á vuestra hija y no me he atrevido. A propósito, querido mío, os doy mi más completa enhorabuena; comprendo que adoréis á vuestra hija; es una joven deliciosa.

—Gracias, amiga mía.

—Y su marido también es encantador.

—¿Le conocéis?

—Sin duda; ¿no iba al lado de ella?

—¡Oh! no era él.

—¿Qué decís?

—Digo que mi yerno no nos acompañaba cuando hemos entrado en casa; era uno de nuestros amigos, uno de mis inquilinos, el Doctor Pablo Combes, á quien conocéis de nombre.

—¡Ah! era el Doctor Combes.

—Había salido con Gérard y mi hija para ver los caballos que se venden en la calle Pigalle, cuando al volver nos hemos encontrado al Doctor, en una esquina de la calle Léonie. Nos ha dicho que acababa de recibir un palco para el *Teatro Francés* y que se enfadaria con nosotros si no se lo aceptábamos. Lo hemos aceptado, y mientras volvíamos con Combes, mi yerno nos ha dejado un instante para leer los anuncios que hay en la calle de *La Bruyère*. De modo que, mi querida amiga,—añadió alegremente el señor de Brives,—habéis confundido al querido Doctor con mi yerno.

—Todo se explica,—dijo Cora después de un instante.

Y como, el señor de Brives estaba impaciente por despedirse de ella y aproximarse á la mesa del *bacon-rat*, la joven dijo:

—He reflexionado. Es posible que tenga que recurrir á v.us para el servicio en cuestión. Si me decido, ¿á qué hora os encontraré mañana?

—Ya os he dicho que no sald'é,—exclamó el señor de Brives alejándose.

## XVI

Al día siguiente, á las dos de la tarde, Cora se presentaba encasa del señor de Brives. Fue introducida en su gabinete. Después de haber hablado del servicio que esperaba, porque se había visto obligada á buscar un pretexto para explicar su visita anunciada desde la víspera, dijo levantándose.

—¿Sabéis, mi querido Brives, que en vuestra casa todo respira buen tono? Comprendo que no hayáis querido venir á fijaros á mi lado. ¿Cuanto os produce?

—Unos veinte mil francos.

—¿Solamente?

—Tengo muy pocos inquilinos. Los alquileres del doctor Combe y de la señora Gérard son los más considerables.

—¿La señora Gérard, no es la madre de vuestro yerno?

—Sí.

—Habita el pabelloncito del fondo del patio, y que me parece muy encantador; es un verdadero retiro, se puede creer en el campo.

—No faltan más que los *borregos*,—dijo riendo el señor de Brives.

—Libre es de ponerlos,—dijo Cora.—¿Dónde habéis encontrado esas hermosas y gigantescas

plantas que cubren los muros? He buscado precisamente para mi hotelito de Neuilly plantas parecidas y no las he hallado.

—Sólo mi yerno podría enteraros; es el que las ha instalado.

—Pero si jamás se ve á vuestro yerno, ¿cómo queréis que me dirija á él? Además, por lo que he oído decir es un verdadero salvaje.

—Lo es un poco, ó lo ha sido. Ahora es sencillamente un hombre feliz.

—¿En verdad que hay gentes que traen la felicidad! Quisiera tocar el paño de su levita, esto debe dar la dicha.

—No puedo,—dijo riendo el señor de Brives,—llamar á mi yerno por la ventana y decirle: *Atravesad el patio y venid á mi habitación; estoy con una señora que quisiera tocar el faldón de vuestra levita*. Pero si creéis, querida Cora, que una mirada arrojada sobre ese hombre puede traer la fortuna, pasemos á mi salón de fumar que tiene las ventanas al patio y contemplaréis á vuestro gusto el pabelloncito objeto de vuestra admiración, y probablemente al que le habita.

—Pasemos al salón de fumar y dadme unos *gemelos*, pues aquí, como en los Museos, está permitido mirar, pero no tocar.

Para ir al salón de fumar tuvieron que atravesar la antecámara, donde se cruzaron con miss Dowson. Al ver á Cora, aquella buena *señorita* retrocedió espantada.

—¿Quién es esa señora que acabamos de encontrar?—dijo Cora cuando se hubo instalado en un diván del salón de fumar.

—Una excelente mujer que ha sido la señorita de compañía de la señora de Brives y más tarde la institutriz de mi hija.

—Me ha dado miedo; he creído que quería exorcitarme.

—Quizás lo ha pensado,—dijo riendo el señor Brives.—No admite que reciba en mi casa á más personas que á mi hija, mi yerno y su madre.

—Entonces, querido mío, ocultadme pronto. Váis